

«Mujer, ¡qué grande es tu fe!» —Mt 15, 28

Las lecturas de este domingo forman una unidad articulada en torno a una única pregunta que atraviesa los siglos y sigue siendo urgente hoy: ¿tiene Dios fronteras? ¿La salvación, la compasión, la misericordia de Dios están reservadas a «los nuestros» o alcanzan a todos sin excepción? La respuesta unánime de las lecturas es radical: Dios no tiene fronteras. Y la protagonista que lo demuestra con su grito y su fe es una mujer extranjera, pagana, sin nombre, que enseña a Jesús algo nuevo. Las lecturas se articulan en cuatro movimientos:

Is 56, 1.6-7 Fundamento profético universalista: Dios anuncia que también los extranjeros que se dan al Señor serán traídos a su monte santo. «Mi casa es casa de oración para todos los pueblos.» La salvación no es patrimonio exclusivo de Israel.

Sal 66 Eco misionero: «Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben». La alabanza convoca a todas las naciones. El deseo orante de que la tierra entera conozca los caminos de Dios.

Rom 11, 13-15.29-32. Horizonte teológico: los dones y la llamada de Dios son irrevocables incluso para Israel que rechazó al Mesías. Dios quiere encerrar a todos en la desobediencia para tener misericordia de todos. Universalismo de la gracia.

Mt 15, 21-28 Cumplimiento narrativo: la mujer sirofenicia que grita, persiste, se postra, dialoga con audacia y arranca de Jesús el milagro y el elogio: «Mujer, ¡qué grande es tu fe!» Una pagana enseña a todos —incluido Jesús— la radicalidad de la compasión sin fronteras.

El hilo conductor es la universalidad de la misericordia de Dios que desborda toda frontera étnica, religiosa, cultural y de género. El arco va del anuncio profético (Isaías) al misterio teológico del plan universal de Dios (Pablo) al encuentro concreto con una mujer que encarna esa universalidad (Mateo). Todo converge en una provocación: **¿es «católico» — universal— nuestro corazón?**

CONCEPTOS TEOLÓGICOS

1. La universalidad de la salvación: «Mi casa es casa de oración para todos los pueblos» (Isaías). El tercer Isaías, en el retorno del destierro, abre de par en par las puertas del Templo. No solo los judíos pueden acercarse a Dios: también los extranjeros que se dan al Señor, que aman su nombre, que guardan la alianza. La pertenencia étnica o nacional no es el criterio de la salvación: lo es la disposición del corazón. Esta afirmación es revolucionaria en su contexto y sigue siéndolo hoy: ninguna Iglesia, ninguna nación, ninguna cultura puede apropiarse de Dios.

2. Los dones de Dios son irrevocables: el misterio de Israel (Romanos 11). Pablo desarrolla una teología audaz: Dios no ha abandonado a Israel aunque rechazó al Mesías. Sus dones y su llamada son irrevocables. Y el plan de Dios es paradójico: ha encerrado a todos —judíos y paganos— en la desobediencia para tener misericordia de todos. La misericordia de Dios es el horizonte último de la historia. Nadie queda excluido del proyecto del Padre. Esta certeza —«los dones de Dios son irrevocables»— debe transformar nuestra actitud hacia quienes se han alejado de la fe.

3. La mujer cananea: la fe que persiste y enseña. El personaje central del evangelio es extraordinario. Una mujer — en una cultura donde las mujeres no cuentan — pagana — del pueblo histórica y religiosamente excluido — sin nombre — sin identidad reconocida socialmente — que grita, que persiste ante el silencio de Jesús y la molestia de los discípulos, que se postra y dialoga con una inteligencia y una humildad admirables. Su grito «Señor, ten compasión de mí» — el mismo Kyrie eleison de la liturgia — resume toda la condición humana ante Dios.

4. Jesús que se deja enseñar: la compasión sin fronteras. El episodio es teológicamente desconcertante: Jesús parece resistirse, invoca su misión limitada a Israel, usa una comparación que suena ofensiva. Pero la mujer no cede. Y Jesús — en un gesto de humildad y grandeza — se deja enseñar por ella. Comprende que el sufrimiento no tiene fronteras y que la compasión de Dios tampoco puede tenerlas. El Dios que reza «Hágase tu voluntad» dice a la pagana «Hágase tu voluntad» — porque coincide con la voluntad del Padre. Este episodio muestra a Jesús aprendiendo el camino concreto para ser fiel a Dios.

5. La fe grande frente a la poca fe de los discípulos. Jesús llama «hombres de poca fe» a sus discípulos en varias ocasiones. A esta mujer pagana le dice lo contrario: «¡Qué grande es tu fe!» La paradoja es deliberada: los que están

dentro tienen poca fe; la que está fuera tiene una fe enorme. El texto interpela directamente a las comunidades que se creen depositarias privilegiadas de la fe: cualquier ser humano puede acudir a Jesús con confianza; Él sabe reconocer la fe donde está, aunque viva fuera de la Iglesia.

6. La oración de súplica: el grito como forma legítima de fe. Los textos complementarios desarrollan una reflexión sobre la oración de petición, a menudo descuidada en favor de formas más «elevadas» de oración. La mujer cananea es el modelo: suplica con insistencia, no se rinde ante el silencio, no abandona ante la negativa. Su grito desde el suelo — «Señor, socórreme» — es la expresión más honesta de quien reconoce su necesidad y confía en Dios. La súplica no es infantilismo espiritual: es la forma más radical de confianza en un Dios que está de nuestro lado contra el mal.

Interpelación pastoral: ¿Tenemos un corazón «católico»? ¿Sabemos reconocer la fe y los dones de Dios fuera de nuestras fronteras? ¿Atendemos a los gritos de los que sufren sin importar su origen? ¿Nuestras comunidades son casas de oración para todos los pueblos o clubes para los que ya pertenecen?

MENSAJE CLARO Y MOTIVANTE

Una mujer sin nombre, extranjera, pagana, sin lugar en la religión oficial, se planta frente a Jesús y grita. Los discípulos quieren quitársela de encima. Jesús parece no escucharla. Pero ella no cede. Se postra, suplica, discute con inteligencia desde el suelo. Y Jesús — en un gesto de humildad que asombra — se deja enseñar por ella: la compasión no puede tener fronteras, porque el Dios que es Padre de todos no las tiene. «Mujer, ¡qué grande es tu fe!» Lo dice a una pagana. La fe grande no está siempre donde uno la busca. Y la misericordia de Dios llega siempre más lejos de donde nosotros la dejamos llegar.

El texto nos interpela con incomodidad saludable en tres niveles.

A nivel teológico: ¿hemos comprendido realmente que Dios no tiene fronteras? ¿O seguimos pensando, en el fondo, que Dios es «nuestro» — de nuestra Iglesia, de nuestra cultura, de nuestra forma de rezar — y los demás están fuera?

A nivel eclesial: la escena de los discípulos que quieren «deshacerse de ella porque viene detrás gritando» tiene una actualidad perturbadora. ¿Cuántos gritos de personas que sufren incomodan a nuestras comunidades y buscamos excusas para no atenderlos? ¿Cuántas personas que vienen desde fuera — migrantes, alejados, personas de otras religiones — son tratadas como molestia en lugar de como portadoras de una fe que puede enseñarnos?

A nivel espiritual: la mujer cananea es un modelo de oración de súplica. Grita, persiste, no se rinde, discute desde el suelo con una combinación única de humildad y audacia. Su «Señor, socórreme» es el más honesto de los rezos: el que no tiene más argumento que la propia necesidad y la confianza en un Dios que está de nuestro lado contra el mal.

Había una mujer. No tiene nombre en el evangelio. Solo sabemos que era extranjera — sirofenicia, cananea, del pueblo que Israel consideraba enemigo desde hace siglos. Y que tenía una hija enferma.

«Señor, Hijo de David, ten compasión de mí».

Jesús no le responde. Los discípulos se incomodan: «Deshazte de ella, que viene detrás gritando». Jesús explica que ha sido enviado a las ovejas perdidas de Israel. La mujer no cede. Se postra. Desde el suelo, con una humildad que no es rendición sino confianza, dice: «Señor, socórreme».

Jesús le habla de los hijos y los perros. Una comparación que a nuestros oídos suena ofensiva. Y la mujer — desde el suelo, sin levantarse — le responde con una inteligencia y una ternura que desarmen: «Tienes razón, Señor. Pero también los perrillos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos».

Y Jesús, en uno de los momentos más sorprendentes del evangelio, se rinde. Se deja enseñar por una mujer pagana. Comprende que el sufrimiento no tiene fronteras — y que la compasión de Dios tampoco puede tenerlas. Y dice: «Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que se cumpla lo que desees».

Esas palabras deberían sacudirnos. «¡Qué grande es tu fe!» — lo dice de una pagana. La misma boca que llamó «hombres de poca fe» a sus discípulos, los de adentro, los que estaban siempre con Él. La fe grande no siempre está donde la buscamos. A veces está en el grito de una madre extranjera que no tiene otro argumento que su necesidad y su confianza.

¿Qué nos dice esto hoy? Que Dios no tiene fronteras — y que nosotros solemos ponerle muchas. Que la compasión no puede reservarse para los de casa — y que los gritos de los que vienen de lejos merecen la misma atención que los de los cercanos. Que la fe puede aparecer donde menos la esperamos — en el migrante que reza en otro idioma, en el alejado que sigue buscando a Dios sin saber su nombre, en la persona que sufre y se postra desde el suelo con su única arma: «Señor, socórreme».

La Eucaristía empieza con las palabras de esta mujer: «Kyrie eleison — Señor, ten compasión». No lo dice solo quien pertenece al pueblo elegido. Lo dice toda carne humana que reconoce su necesidad y confía en un Dios que no se cansa de tener misericordia de todos.

Entonces ... ¿qué haremos?

Examinar las fronteras que ponemos a la misericordia de Dios

- 1 El texto nos invita a una revisión honesta: ¿a quiénes excluimos implícitamente de nuestra pastoral? ¿Quiénes son los «cananeos» de nuestro contexto — los migrantes, los alejados, los de otra religión, los que no encajan en nuestro estilo comunitario? Proponer en la comunidad un proceso de discernimiento sobre a quiénes llega y a quiénes no llega efectivamente nuestra acción pastoral.

Reconocer y valorar la fe fuera de los límites de la Iglesia

- 2 Jesús encontró una fe grande en una pagana. Hoy también hay personas fuera de la Iglesia que viven valores evangélicos profundos — generosidad, compasión, búsqueda honesta de Dios — sin pertenecer a ninguna comunidad. Proponer una actitud de reconocimiento y valoración de esa fe, sin relativismo, pero sin arrogancia. «Jesús es más grande que todas nuestras instituciones.»

Atender los gritos de los que sufren antes que cualquier otra agenda

- 3 Los discípulos querían deshacerse de la mujer que gritaba. La tentación de priorizar el orden, la comodidad o la agenda propia sobre el grito de quien sufre es permanente. Proponer en la comunidad una cultura de la escucha activa de los gritos que llegan desde afuera: los migrantes, los empobrecidos, las mujeres maltratadas, los ancianos solos. Lo primero es aliviar el sufrimiento; todo lo demás viene después.

Renovar la pastoral misionera: de la conquista a la liberación

- 4 El texto complementario recuerda que el cristianismo ha tenido una historia de «conquista» religiosa que no fue evangélica. Hoy la misión no es imponer sino liberar — del hambre, la enfermedad, la marginación, la exclusión. Evaluar en la comunidad si nuestra presencia en el mundo tiene más de «conquista» (imponer nuestra forma de fe) o de «liberación» (acompañar el sufrimiento humano como camino hacia Dios).

Recuperar la oración de súplica como forma auténtica de fe

- 5 La mujer cananea es un modelo de oración de petición: insistente, humilde, audaz, que no se rinde. Proponer en la comunidad el redescubrimiento de la súplica honesta — el Kyrie eleison, los salmos de lamentación, la oración intercesora por los que sufren. La oración de petición no es infantilismo: es la forma más radical de reconocer que vivimos del amor de Dios y que solo Él puede darnos lo que más necesitamos.

Construir comunidades con un corazón verdaderamente «católico»

- 6 La catolicidad no es una nota abstracta de la Iglesia: es una exigencia concreta de apertura a todos, especialmente a los más lejanos y diferentes. Proponer acciones concretas de diálogo interreligioso, de acogida de personas de otras culturas, de apertura a quienes buscan a Dios desde fuera de la Iglesia. Releer con la comunidad la Nostra Aetate del Vaticano II como punto de partida para una actitud más evangélica hacia las otras religiones y culturas.